

JOHN MARKOFF

**Olas de democracia. Movimientos sociales y cambio político**

(Madrid, Tecnos, 1998)

¿Por qué son más democráticos determinados países y en determinados momentos y los son menos otros países y en otras épocas? ¿Por qué algunos regímenes democráticos perduran durante periodos relativamente largos mientras que otras experiencias democráticas resultan ser fugaces? ¿Por qué surgen oleadas transcontinentales de democratización o de antidemocratización?

Éstas son las principales cuestiones que animan la obra de Markoff.

Durante los dos últimos siglos, y especialmente el sigloXX, se han producido movimientos de avance y retroceso de la democracia, «oleadas democráticas» seguidas de «oleadas antidemocráticas». El autor considera que ese flujo y reflujo es algo inseparable de la propia democratización, en el sentido de que la democracia no es un sistema de procedimientos fijos que, una vez establecido, permanece inalterable. La democracia es algo de carácter dinámico, tanto a nivel conceptual como en su implantación en los diferentes países. La democracia está sujeta a un continuo proceso de reinvencción. Muestra de ello es, por ejemplo, el hecho de que actualmente nadie aceptaría como democrático un régimen que no reconociera la universalidad del derecho al sufragio, cosa que en el siglo XIX no planteaba ningún problema. Además, una de las cosas que más se discuten durante las oleadas democráticas y antidemocráticas es el verdadero significado de la democracia. De ahí, en primer lugar,

el carácter dinámico del propio concepto de democracia.

Pero la evolución de la democracia, o su «carácter ondulatorio» se ha debido fundamentalmente, en opinión del autor, a la interacción entre movimientos sociales y élites políticas: movimientos que planteaban una serie de demandas de una mayor participación y gobiernos que han respondido de un modo u otro a esas demandas. Y un factor igualmente importante, sobre todo para explicar por qué en ocasiones lo que se ha producido es un avance en la democratización y en otras un retroceso, ha sido el contexto internacional, es decir, la actitud de las grandes potencias. Por ejemplo, durante la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos y Gran Bretaña favorecieron los modelos democráticos como salida del colonialismo; en cambio, los vencedores de la Primera Guerra Mundial manufacturaron nuevas monarquías.

Considera el autor que en toda sociedad existe una constitución mítica, es decir, una serie de supuestos que legitiman la capacidad de tomar decisiones de quienes ocupan los cargos de gobierno. Uno de los factores fundamentales que marcan la evolución de la democracia es el modo como esos supuestos míticos, y en concreto, el del gobierno por y para el pueblo, se ha ido articulando en instituciones concretas: parlamentos con capacidad de control al poder ejecutivo, sufragio universal y secreto, elecciones libres, etc.

Este proceso de adaptación es lo que ha dado lugar a ese carácter dinámico del concepto de democracia, a esa continua «invención social de la democracia». Y ahí han jugado un papel fundamental los movimientos sociales.

La movilización social ha contribuido de diversas maneras a la democratización. En muchos casos, las élites gobernantes han actuado respondiendo a las demandas sociales, por ejemplo, de una mayor participación, como ocurrió cuando en 1992 el gobierno sudafricano modificó su actitud en relación al derecho de voto de la mayoría negra. Pero, junto a las concesiones a los movimientos sociales, las élites han actuado también en ocasiones de forma anticipada, muchas veces a la vista de lo que los movimientos habían conseguido en otros países. Así ocurrió durante los procesos revolucionarios que tuvieron lugar en Europa en 1830 y 1848, que llevaron a que tanto gobiernos conservadores como liberales, movidos por el recuerdo de hasta dónde habían llegado los campesinos movilizados en Francia en 1790, liberaran a los campesinos de las múltiples exigencias opresoras de los señores locales.

De aquí se deduce que la movilización social tiene un carácter transnacional. Ideas generales, formas de actuación pública, instrumentos de organización, símbolos, han atravesado las fronteras nacionales con una gran facilidad. Y también lo hacen las instituciones políticas o los estilos de gobierno. Unas veces por imposición directa, como ocurrió cuando después de 1945, los Estados Unidos y la Unión Soviética remodelaron cada

uno a su imagen y semejanza los territorios ocupados por sus tropas. En otros casos, se debe al éxito que parece acompañar a una u otra estructura, como sucedió con las constituciones escritas tras la victoria de las democracias occidentales en la Primera Guerra Mundial. Esta victoria desencadena procesos de imitación, de manera especial, si existe una dependencia económica entre los países. También el clima cultural de una época lleva a que los problemas y las soluciones que parecen más acertadas se propaguen más allá de las fronteras de un Estado concreto. Por ejemplo, en los años noventa los Estados Unidos promovieron de manera activa prácticamente por todo el mundo la idea de una transición dual a la democracia y a la economía de mercado. Este carácter transnacional de la política influye, a su vez, en la actitud de las élites respecto a los movimientos sociales desarrollados en sus propios países. Mientras las élites gobernantes tengan que ofrecer un aspecto correcto ante las potencias extranjeras, es muy posible que hagan concesiones a las demandas planteadas por los ciudadanos. Por ejemplo, el compromiso por la defensa de los derechos humanos supuso una oportunidad estupenda para los movimientos democratizadores en los años ochenta. La democratización sería, por lo tanto, resultado de la interacción de tres factores: movimientos sociales, élites políticas y contexto internacional.

En virtud de los mecanismos de interacción, existe habitualmente un reducido número de modelos políticos que se siguen con carácter general. Este hecho constituye una clave

importante para entender el carácter ondulatorio de la democratización.

A partir de estos presupuestos explicativos, Markoff recorre los procesos de avance y retroceso de la democracia que han tenido lugar durante los dos últimos siglos y que han culminado en la consideración de la democracia como un «remedio general» (Huntington). Democracia que, tras el proceso de redefinición del concepto llevado a cabo conjuntamente por movimientos sociales y élites gobernantes, incluye una serie de instituciones y prácticas pioneras que luego fueron imitadas en otras partes, unas veces por la acción directa de los movimientos sociales, otras por la capacidad de anticipación de las élites. Entre ellas, cabe señalar las siguientes: una Constitución que describe y limita de forma explícita la autoridad de los que ostentan el poder, partidos políticos que compiten por los votos, responsabilidad del conjunto de las autoridades ante el electorado, asociación de la democracia con instituciones representativas, eliminación de los títulos de propiedad o de riqueza para votar, derecho femenino al voto y sufragio secreto.

Concluye el autor con una serie de reflexiones sobre la situación actual y el futuro de la democracia. El mayor desafío que en la actualidad se plantea a los regímenes democráticos es cómo hacer frente al progresivo debilitamiento de la soberanía estatal provoca-

do por los procesos de transnacionalización. A pesar de que a finales de los años noventa hay más personas que viven bajo gobiernos que pueden calificarse como democráticos que en cualquier otro momento de la historia, el poder real de los Estados está debilitándose, al trasladarse a las estructuras transnacionales emergentes. La práctica totalidad de los Estados dispone en los años noventa de capacidades mucho mayores que hace dos siglos, pero, ahora mismo, los políticos actúan en sus decisiones con restricciones al menos tan fuertes como en el pasado. La incidencia de las decisiones del Banco Mundial o de la Unión Europea en la política económica de un país es con frecuencia mayor que la del propio gobierno. Por eso, aunque sea actualmente mayor la proporción de personas que participan en la selección democrática de los dirigentes nacionales, no resulta evidente que con ello tengan una capacidad efectiva de influir en las decisiones políticas capitales ni, por lo tanto, de controlar a quienes toman dichas decisiones.

Todo ello plantea ahora mismo la necesidad de redefinir, una vez más, la democracia, diseñando instituciones adecuadas a esos procesos políticos transnacionales, conforme a ese «contenido mítico» de la democracia, que es la idea de la legitimación popular del poder.

Carmen INNERARITY